DIARIO DE UN GILIPOLLAS

— Christian Baquero Gil —

Durii

A mi compañera de viaje,
a mi tridente,
a los míos.

«La felicidad son momentos robados al viento. Un beso, un abrazo, una caricia, una mirada de ternura… tan solo eso, momentos robados al viento, a veces tan frágiles como el leve movimiento de una hoja al caer. Hemos de guardarlos en la memoria para cuando lleguen las cerradas curvas del camino de la vida. Será en ese momento cuando deberemos recordar los momentos felices vividos… tan solo eso, momentos, felicidad».

Ernesto Baquero

DICIEMBRE 2009

Entrelacé sus manos con las mías, la miré directamente a sus ojos marrones y pronuncié las palabras que me llevarían a conseguir lo que más anhelaba:

«Nunca me había enamorado, me has convertido en mejor persona y te quiero, te quiero muchísimo… Lo nuestro merece mucho más, deja atrás esa otra vida. Si se hace camino al andar, caminémoslo juntos. Ha llegado el momento que escribamos nuestra propia historia. Tú y yo, juntos sin más. ¿Qué me dices?»

Clavadito a mis ensayos, me había salido… ¡Clavado! —pensé—. Por respuesta obtuve un silencio frío y desgarrador. Su mirada posada en la punta de sus zapatos. Quizá había visto demasiadas *pelis* románticas porque, la verdad, aquella reacción no era la que esperaba.

Por mi cabeza pasaban otras imágenes: que me rodease entre sus brazos, me regalase una de sus sonrisas y me besase apasionadamente, aceptando sin dudar mi propuesta.

Os lo resumo: ¡La cagué!

Poco a poco alzó la cabeza hasta conseguir mirarme de nuevo, directamente a los ojos, pero aquella mirada titubeante, húmeda y triste me lo dijo todo sin necesidad de palabras. Me dejó ir las manos para acercar las suyas, lentamente a mi cara y acarició mis mejillas. Su tacto erizó mi piel, me besó suave en la boca o más bien la rozó con sus finos labios. Al separarse, entre un medio susurro, distinguí un «*no puede ser*» y salió corriendo sin reprimir sus lágrimas.

Sinceramente, no sé cuánto tiempo pasé allí. Aquella tarde de domingo, como la versión *cutre* del pobre de las cartulinas de *Love Actually* —que por cierto la vi con ella—, me encontraba inmóvil en medio del paseo del *Born* sin ningún tipo de reacción, con la mente en blanco, viéndola huir y desaparecer por la calle *Montcada*. Solo me acompañaba el aroma del recuerdo de

ese último beso, del que aún hoy día, de tanto en cuanto, noto su presencia…

Me despertó de mi letargo un *skater* que casi me lleva por delante. Encima, el muy *cabrón*, se acordó de mi madre. Fue en ese instante cuando, como una pesada losa, fui consciente de la hostia que me acababa de dar. Mi estómago se retorció como un sacacorchos. ¡Qué dolor! Nunca había sentido nada igual. Empecé a andar sin dejar de mirar aquella esquina por la que no regresó y lloré, lloré mucho.

ABRIL 2020

8 de abril de 2020

Solo llevamos tres semanas de confinamiento, pero se hace raro estar en casa obligatoriamente y más extraño, si cabe, el hecho de no poder ver a los tuyos. Cada dos días hablo por videollamada con mis padres. Están bien, a la expectativa de cómo evolucionará esta película de terror —nunca mejor dicho—.

Al llamar me encuentro con el interrogatorio típico de mi madre, al que doy las respuestas típicas que suele contestar cualquier hijo:

— Sí, como bien. Tranquila, cuando salgo a comprar voy con mascarilla. Tengo jabón desinfectante. Mamá, estoy bien de verdad. No necesito nada, gracias. Seguro…

Tras el interrogatorio, vienen las noticias, algunas malas porque esto del COVID ya no es algo lejano. Ahora ponemos cara a los vencedores y a los vencidos por el *puto* bicho. Familiares, conocidos, vecinos, famosos…

— *La Juanita* ya ha salido del hospital. Dice que lo ha pasado mal y que ahora debe estar en casa dos semanas sola en una habitación. Luego podrá hacer vida normal. Bueno, *«vida normal»*, ya me entiendes, juntarse con su marido. *«La» Mercè* —es la mujer del mecánico— no lo ha superado. Se murió ayer. Pobre *Andreu*, imagínate, no era tan mayor, pero el virus este ya ves… Esto da miedo cariño, cada día más.

— Sí mamá, las noticias son para deprimirse, cada vez son peores, pero no te obsesiones, mejor mirad el telediario a cuenta gotas y haced bondad.

Mi padre aparece por la pantalla. Siempre ha sido mucho más escueto y directo que mi madre, aunque diría que eso no es exclusivo de mi familia.

— ¿Has visto? Van a continuar *la Liga*, sin gente en las gradas, así no habrá quejas y con el invento ese del VAR, ya verás tantas cámaras para favorecer a los grandes, siempre igual. Sabes lo que te digo del fútbol moderno este: «*una mierda pinchada en un palo*», eso es lo que es.

— Suelto una sonora carcajada, ya que es una expresión muy de mi padre. Totalmente de acuerdo. Tal como vamos este año, casi mejor que no podamos ir al campo.

— ¡Argh! Bueno, es igual, ¿tú estás bien?

— Sí, estoy bien —ya está finalizada la charla. Mi padre y yo no necesitamos más.

Ir al estadio con él es nuestro momento, cuando aprovechamos para charlar de todo, con esa forma concreta y sin pulir de hablar que tenemos entre nosotros dos. Eso se echa en falta, como también, las buenas previas gastronómicas con el grupo de amigos *pericos* antes de los partidos en *Cornellá*. Allí, copa tras copa, sacamos a relucir los entrenadores en potencia que llevamos dentro. Ponemos a caldo a los jugadores, al entrenador o al visionario que los fichó. Este año tenemos para rajar ampliamente.

En mi vida cotidiana cuando no existía este virus me solía escapar a comer con ellos. Al menos un par de veces por semana. Ahora, hará casi un mes que no he podido bajar a verlos. Añoro darles un abrazo y ser espectador de sus pequeñas riñas, que siempre son las mismas. Supongo que eso es cosa de padres. La verdad que no puedo quejarme, tanto ellos como yo, estamos bien de salud. El «*bicho*» no ha llamado a nuestra puerta y espero que no lo haga nunca.

Por el tema profesional tampoco tengo ninguna queja, me ha ido bien. Económicamente tengo un «*colchoncito*» con el que resistir este envite algunos meses más. Además, repasando con *Silvia* y *Vicen* los temas que teníamos encima de mesa, por suerte, acabábamos de cobrar dos cosas importantes. Fue justo antes de empezar el confinamiento y eso ha amortiguado la entrada

a la pandemia. Como todas las empresas, ahora mismo, nuestra máxima preocupación es aguantar a todo el equipo, esperar que pase rápido esta locura e intentar conseguir los proyectos que siguen en liza, pero que están en el aire. A saber cuando los clientes querrán mover pieza.

— Chicos, nosotras nos vamos a hacer la comida. ¡Besitos!

— ¡Adiós tío *Marc*! —*Lucía*, mi *rubita* ahijada de cuatros añitos, se despide lanzándome un beso con su pequeña *manita*.

— ¡Adiós *Lucía* guapísima! —se lo devuelvo. ¡Qué encanto de niña!

— ¡Tú no tardes! —se oye a *Silvia*, ya fuera de pantalla.

— Vale, vale, jefa —responde resignado *Vicen*—. La cuarentena la hace ser aún más sargento… ¿Verdad, *Polete*? —pregunta al pequeño *Pol* que está sentado en su regazo jugando con un coche de bomberos—. Has estado muy callado ¿Estás rallado o qué?

— No, te diré que no tío. Llevo unos días raro… supongo que nos está pasando a todos.

— Partimos de la base que tú siempre has sido *rarito*, tirando a *Doctor Extraño*.

— Muy gracioso. Te parecerá una gilipollez, pero estar solo me pesa, al menos, currando lo disimulo y ahora…

— ¡Uy, pobrecito estará unos días sin trabajar! Va coño, será que no has estado solo más veces.

— Lo sé, pero es diferente y estoy empezando a pensar en la persona que no debo.

— ¡Madre mía! ¿De verdad? Eres gilipollas, tío. ¿Sabes qué tendrías que haber hecho estos años? Una agenda de amigas «*especiales*». Ahora estarías en medio de una «*sexquarantine*».

— Se nota que estás casado, vas más quemado que el *palo de un churrero*.

— Eso tú que *tienes menos líos que el cura de mi pueblo*.

— Eres un *capullo*, lo sabes ¿no?

— Yo también te quiero. ¿Quieres ideas? Hazte un perfil de

Tinder… pillas, seguro.

— No hay quien te aguante. ¿Otra vez con el tema? ¡Qué no! Las redes sociales solo para el trabajo. No puedo con ellas ya lo sabes.

— Tú sabrás, pero se te va a caer por no utilizarla.

— Ni te contesto.

— Si entras en *YouTube* seguro que encuentras cosas interesantes, tienes mucha variedad de cursos *online*: «*Ponte mazas en casa*», «*Ratatouille y la cuisine française*», *macramé*, horticultura, papiroflexia…

— ¡Qué plasta! De verdad…

— Pues nada, hártate a ver pelis, series y fricadas de esas que te molan a ti.

— ¿Fricadas? Mira, mejor deja de animarme… Es que te parecerá una tontería, pero vosotros tenéis a los peques, estáis bien distraídos todo el día y…

— Ey, ey… Si es por eso, no te preocupes. Por un módico precio te llevo a este terremoto y a tu simpática ahijada.

— Comerciar con tus hijos está muy feo, seguro que lo haces para montarte tú una «*sexquarantine*» con *Silvia*.

— Oye, se lo voy a plantear, por si acaso.

— Sé que estoy exagerando, pero tengo miedo a rayarme otra vez. Por eso no quiero estar solo, sin nada que hacer.

— Siempre te queda la señora *María*… —dice riéndose.

— ¡Eh! A mi vecina ni la nombres, pobre mujer.

— ¡No te piques! Va, ahora te lo digo en serio. Sé lo que puedes hacer y no solo para que se te pase el tiempo más rápido sino porque lo necesitas desde hace mucho. Escribe todas tus rayaduras, tienes para dar y vender, libera de mierda esa cabeza tuya tan complicada. Estoy convencido de que te iría bien.

— ¿Me ves cara de *Bridget Jones*?

— Mira, con tu historia amorosa y unos *bragotes* como los suyos, por supuesto que sí —se parte el culo de risa.

— Deja de reírte, *cabronazo*.

— Chavalín, te dejo, que la *Arguiñano* ya nos hace señas.

— Ok… ¡Adiós *Polete*! —el niño pasa de mí, como el padre.

Me levanto de la mesa pensando en que también debería comer alguna cosa. Abro la nevera y echo una ojeada demasiado rápida… Empieza a estar algo desértica. Mañana bajaré a hacer la compra para varios días y aprovecharé, también, para subirle algunas cosas a la señora *María*. Cojo dos yogures, unos cereales y me siento en el sofá. Mi cabeza le da vueltas a la idea de *Vicen* —mientras busco algo interesante en la tele que no encuentro—. La verdad es que no sé si empezar a preocuparme porque cada vez me gusta menos la televisión. Fuera de los concursos musicales, programas de reformas o de alienígenas, no me llama nada la atención… Por eso, he acabado suscrito a todas las plataformas, pero aun teniendo películas y series para aburrir, como ir al cine no hay nada, aunque es una forma de quitarse el gusanillo. Termino la noche viendo todo un clásico, «*Evasión o Victoria*». La película merece la pena solo por ver la chilena de *Pelé*.

Al día siguiente, al volver de la compra, me encuentro una sorpresa encima del felpudo de mi puerta. Una bolsa con una botella de vino dentro acompañada de un pequeño sobre marrón claro que contiene una nota.

Hola, Marc,

Soy Emma, la nieta de la señora María. Esta mañana, a primera hora, he podido escaparme para llevarle algo de compra a mi abuela, aunque ya tiene de todo gracias a ti.

Muchísimas gracias. Tener a mi abuela lejos en estos tiempos convulsos que nos está tocando vivir es complicado, pero saber que tiene alguien que la cuida y que se siente querida, nos hace estar más tranquilas.

Espero que te guste esta botella de vino tinto, para mí es especial. Creo haber conseguido, tras mucho trabajo, que este aromático vino consiga dejar sensaciones en nariz y boca, que te trasladen a lugares que solo la imaginación es capaz de llevarte… De nuevo gracias… deseo que a ti también te lleve a ese lugar único.

Un abrazo,

Emma, 9 de abril

¡Joder! ¡Qué detalle! *Emma* es la nieta de la señora *María*. En palabras de su abuela, es una gran enóloga que trabaja en una de las cavas más prestigiosas del *Penedés* y es una «*moza*» más lista que el hambre y preciosa… Eso, ya os lo explicaré cuando la vea en persona, de momento, solo me puedo guiar por la vieja foto que está sobre el mueble de la entrada en casa de la señora *María*, donde una niña risueña con coleta, pantalones cortos rojos y camiseta de *Barcelona*'92, posa al lado de una BH *California* en el paseo marítimo de *Sitges*.

14 de abril de 2020

El aburrimiento ya me come la oreja, estoy agobiado y supongo que eso ha hecho que ahora no vea tan tonta la idea de *Vicen*. Aquí me tenéis dándole a la tecla. No sé muy bien qué explicaré, ni a quién irán dirigidas mis palabras. Tampoco sé a quién le podrán interesar…

Quizá lo mejor será explicaros a grandes rasgos quien soy. Antes, un apunte necesario. Según el diccionario, a un gilipollas

se le define como «*el que es excesivamente tonto, estúpido o lelo*» y la gilipollez, serían los «*dichos o hechos propios de un gilipollas*».

Dicho esto, mi nombre es *Marc Zapater*, tengo treinta y ocho años, actualmente estoy soltero y sin compromiso. Soy perico, nostálgico reconocido, algo friqui y tengo el mérito de haber pasado por —casi— todos los estados de gilipollez conocidos, desde el más despectivo al más evolucionado.

Finalizando mi adolescencia, apuntaba a ser «*medio gilipollas*». Más adelante, gracias a mi comportamiento con las chicas, evolucioné directamente a «*gilipollas integral*». Caminé por la vida cegado por ese estado de gilipollez hasta darme la hostia que me llevó al siguiente nivel, ser un «*triste gilipollas*» o un «*gilipollas triste*», según se mire.

En la actualidad no os sabría decir en qué nivel de gilipollez estoy o si ya he dejado de serlo. Según mi madre —y como buen *piscis*—, siempre fui un crío alegre, sociable y bastante imaginativo, que por momentos vivía en su mundo paralelo. En la escuela las tutoras les decían a mis padres que era un buen chico, pero que «*podía hacer y dar mucho más. Tiene capacidad, pero a él no le da la gana*». Esa afirmación es totalmente cierta. Era bastante vago y solo tenía en la cabeza jugar a fútbol, dibujar y pasear a mi perro.

Siempre he sido alguien cercano y abierto, consiguiendo amistades en todos los ámbitos de mi vida. Con todo y con eso, lo que se dice «*amigos, amigos*», realmente, lo componen un círculo muy reducido de personas. Un grupo, integrado por unos seres bastante peculiares e irrepetibles, que en mayor o menor medida, han estado presentes en mis batallas y aventuras. Cuando he estado arriba y cuando he caído a lo más profundo. Son mis amigos.

La base de mi círculo de confianza la compone el trío calavera: *Vicen*, alias el informático; *Dani*, el agente de viajes y *Toni*, el abogado. Éramos unos enanos cuando empezamos a forjar nuestra amistad. Hace treinta y dos años que nos conocemos y aquí seguimos. Siendo más exacto, hasta la veintena, había otro

integrante en nuestro grupito, *Sam*. Es curioso que, mientras os escribo, me haya venido de sopetón su nombre a la cabeza. A la vez, he recordado también la canción «*Son mis Amigos*» de *Amaral* cuando en un momento dado dice: «*Y hoy ha venido a mi memoria*». Hacía mucho que no pensaba en él. Fue una lástima, los años, las vueltas de la vida, algún pique no solucionado y aquella posesiva novia a la que le caíamos como el culo, hicieron que se alejase de nuestro el camino para hacer el suyo. No sabemos nada de él, es triste, pero en casi todos los grupos algunos caen. Espero que le vaya bien.

Crecimos juntos en lo que, en aquella época, era un pueblecito al lado de *Barcelona* y que ahora es una pija «*Smart city*», *Sant Cugat*, donde poco queda del espíritu de pueblo.

Fue una infancia que ninguno de nosotros cambiaría. Nos lo pasamos genial aun siendo bastante cafres, creo que no pudimos ser más felices… ¿Qué hicimos? Pues lo que todos los chavales en esa época como los *Goonies* de turno. Corrimos mil aventuras que a nosotros nos parecían la leche. Bici arriba y bici abajo, gastando largas tardes de verano cazando renacuajos en la *riera*, intentando ganar las batallas de castañas contra los niños de la escuela vecina o pegando balonazos a un *Mikasa* en la plaza de la iglesia mientras aguantábamos las *«regañinas»* de las señoras mayores que salían de misa.

Transitamos por la infancia hacia la adolescencia sin ser conscientes que íbamos creciendo. De pronto empezamos a toser juntos con nuestro primer cigarrillo, flipamos con la primera revista porno de contrabando, nos asustamos con la primera borrachera y la posterior devolución del borracho a su casa.

Son recuerdos que tienen un rincón recurrente en mi memoria y sé que lo que ahora os diré parecerá batallas de un abuelo, pero todo ha ido a cámara rápida desde entonces. Es la puñetera verdad.

En un *plis*, empezamos a engominarnos hasta el último pelo de la cabeza, luciendo camisa recién planchada y tejano impoluto. Eso si, le dábamos un toque rebelde con las *Dr. Martens*.

Los cinco íbamos bien arregladitos, bajábamos a *Barna* en tren los viernes por la tarde para llegar puntuales. Éramos los reyes del mambo en la apertura de puertas de la mítica *Jimmy'z*. Allí, en esa discoteca, tuvimos nuestros primeros escarceos amorosos, tocamos la primera teta y, también, nos dimos consuelo con nuestros primeros desamores.

Mi primer rollo —*como Dios manda*— fue una tarde en la pequeña sala «*Gitanes*». Tras jugar al duro en una taberna cercana, la sangría me dio el valor suficiente para tirarle los trastos a *Mónica*. Era guapísima, pero también la más tímida de mi clase. En un momento determinado vi mi oportunidad, pero en vez de ir suave, mi inexperiencia me hizo actuar precipitado y torpe. Le metí la lengua hasta la campanilla, sin previo aviso. Pensé que me giraría la cara de una hostia, pero para mi sorpresa, me agarró y me besó ella a mí aún con más pasión. Las siguientes semanas nos estuvimos metiendo mano por todos los rincones del instituto hasta que pasó la novedad. Sin temas comunes de qué hablar, aquella ostentación hormonal se acabó con naturalidad.

Coincidimos en la última cena de antiguos alumnos del *insti* hará un par de años. Ella se ha convertido en una reconocida oncóloga. Está casada y es mamá de dos niños. La verdad es que la edad no le ha pasado factura. Hablamos un rato y ya vi que había ganado la batalla a su timidez.

Volviendo a aquellas tardes, he de deciros que tuvieron mucha importancia. No en vano, nos sirvieron para poner los pilares a lo que vendría tras tener el carnet de conducir: «*Las noches*». Los chicos y yo creamos una hoja de ruta nocturna que no varió, noche tras noche, durante varios años. Fueron testigos un buen número de discotecas de la *Ciudad Condal*: *Up & Down*, *Pachá*, *Torre Melina*, *Costa Breve*, *Otto Zutz*, *Universal*, *Standard*… Teníamos bastante poca vergüenza y hacíamos el ridículo con asiduidad, pero las consignas no variaban: pasarlo bien, reír mucho e intentar ligar con las máximas chicas posibles.

En verano, trasladábamos nuestra actividad a toda la costa

catalana, desde la *Atlántida* en *Sitges* hasta las *Carpas* de *Begur*. En esa época solíamos cerrar las noches bañándonos en pelotas en el *Mediterráneo*. Fumándonos algún «*porrete*» decidíamos si dormíamos en la playa o en el coche. Por suerte, llegó un punto en el que evolucionamos y pasamos a dormir en apartamentos. En el resto os confieso que no hubo mucha evolución.

Aquel *Statu quo* empezó a variar cuando desapareció *Sam* y casi a la vez, empezaron a aparecer asiduamente las mismas chicas. Cada uno le dio el nombre que creyó oportuno: novia, rollo, amiga… En un abrir y cerrar de ojos, nos vimos ondeando las servilletas en la boda de más de uno e incluso, en mi caso, siendo el padrino de alguno de sus hijos. Aunque hay cosas que no cambian, cuando estamos borrachos seguimos cantando «*América*» de *Nino Bravo*. Supongo que la estampa no tiene la misma gracia ahora, pero nos sigue importando un huevo.

La vida es como un partido de fútbol, durante el juego hay cambios, algunos salen y otros entran a jugar. A nuestro equipo se incorporó, hace dieciséis años, una tía que estaba tremenda. Era atractiva, simpática y superinteligente, vamos un «*fichajazo*». Se llamaba *Silvia*. Lo tenía todo, pero por alguna fuerza divina que no he sabido identificar, nunca se me pasó por la cabeza tirarle los trastos. Nos conocimos en *Mc.Clane* y en muy poco tiempo, ella conocía todo mi mundo, mis historias, mis paranoias, mis idioteces… vamos que sabía más de mí que el trío calavera. Sus palabras y consejos siempre han sido y son los adecuados. Incluso después de casarse con *Vicen*, ha seguido siendo mi confesora particular, aparte de mi socia.

Por lo que se refiere a las chicas, intentaré simplificar. En los primeros pasos de la adolescencia —aún era un tierno—, parecía encaminado a «*pagafantas*». Sobre los dieciséis, mi cuerpo —hasta entonces hecho de piezas desordenadas— sufrió un cambio físico a mejor, encajando todas las partes con coherencia. Aquello me dio la seguridad que me faltaba para empezar a explotar mi cara de buen chico, mis habilidades sociales e ir por un camino más exitoso con el sexo femenino, del que había

tenido hasta el momento. Lo conseguí, pero —siempre hay un, «*pero*»— me vine demasiado arriba. No sé muy bien que me creí, pero con el sexo femenino, me convertí en un auténtico gilipollas. Tenía cierta gracia sí, pero un gilipollas, al fin y al cabo. Creo que mi inflado ego me hizo tener una visión, tremendamente simple de la vida, donde mi único objetivo era salir de fiesta y follar todo lo que pudiese…

He de deciros que el trío tampoco ayudó mucho. Ellos también estaban viviendo en un alto grado de «*agilipollamiento*». Imaginad hasta donde llegaba nuestro nivel de idiotez que con *Toni* y *Dani* nos apuntamos al *Liceo Italiano*. Queríamos aprender italiano solo para, en las noches veraniegas de *Platja d'Aro*, podernos hacer pasar por italianos de vacaciones. Pensábamos que así ligaríamos más… Dos años estuvimos estudiando italiano, ¡de locos!, ¿no?

Yo no quería ninguna clase de ataduras; una noche y a otra cosa mariposa, no volvía a llamar. Sinceramente, pocas veces hubo segundas o terceras citas y cuando existieron, no conseguía interesarme por nada de lo que me explicaban, mi cabeza se iba a otro mundo. Lógicamente, con ese plan vital, estaba clarísimo que, tarde o temprano, me metería una gran hostia.

Y así fue, cosas del *karma* que me devolvió, multiplicado por cien, todas las imbecilidades que había hecho, al enamorarme de quien no debía… Sí, me enamoré por primera vez y eso me cambió. Viví con ella algo que, al recordarlo, aún me pellizca dolorosamente el estómago. Algo que perdí aquella tarde en el *Born* hará poco más de una década y que sigue escociendo.

A partir de ahí, mi vida amorosa cayó en caída libre y de nuevo en la tierra de los mortales, paseé mi alma en pena por muchos caminos, buscando algo que todavía no he encontrado. ¿Sabéis lo mejor que saqué de mi primer enamoramiento y de cómo acabó? Me di cuenta de todas las gilipolleces que había hecho hasta entonces y, desde ese momento, no he vuelto a ser a aquel gilipollas egocéntrico nunca más. Ni rastro, me cambió por completo. Ahora soy mejor persona, lástima que me tuviese

que llevar aquella hostia para reaccionar.

Salí mejor tío de aquel jardín, sí, pero he pagado un duro peaje. Desde aquella tarde navego sin rumbo por un océano de inseguridades respecto al amor que no me ha dejado conocer otro puerto.

Permitidme que profundice más adelante en toda esta historia, aún he de mentalizarme y me estoy poniendo demasiado trascendental. Hoy mejor vamos a cambiar de tema.